

PERSONAS DEL ACTO QUINTO.

TOUSSAINT-LOUVERTURE.
EL PADRE ANTONIO.
SALVADOR.
ALBERTO.
ISAAC.
ROCHAMBEAU.
DESSALINES.

PETION.
ADRIANA.
Generales, oficiales, soldados del ejército de Toussaint y del ejército franceses, pueblo.

ACTO QUINTO.

Las cordilleras del Caós, cerca del nacimiento del Artibonita, que se le ve precipitarse en forma de cascada detrás de la meseta en que descansa el campamento de Toussaint. A la derecha de la meseta se ven las agudas peñas de un cerro mas elevado, cuya cima está coronada de nieve. Esta es la Cresta del Pierrot mandada fortificar por Toussaint. Algunos árboles caídos y puentes echados sobre los precipicios. Peñascos amontonados formando parapetos, defienden esta formidable posición atrincherada. Centinelas avanzadas muestran en distintos puntos su cabeza y su bayoneta. Encima de las rocas la luna alumbra aun un poco el cielo. Los primeros resplandores del alba despuntan hacia el Este.

ESCENA PRIMERA.

TOUSSAINT, EL PADRE ANTONIO, DESSALINES, PETION, ADRIANA, GENERALES, OFICIALES, SOLDADOS DEL EJÉRCITO DE TOUSSAINT, PUEBLO.

(Toussaint está sentado delante de un tronco de árbol derribado, cubierto con una piel de pantera. Los generales negros rodean á Toussaint. El fraile lleva calada la cogulla, y enjuga su frente. Adriana está acurrucada en el suelo, con un brazo apoyado en el hombro de Toussaint. Este la mira con ternura, pasando de cuando en cuando la mano por los cabellos de la jóven.)

TOUSSAINT (al fraile.)

El Señor que el sacrificio de Abrahan previno un dia,

á mis súplicas propicio me devuelve la hija mia...

(Mostrando Adriana.)

¡Por tan grande beneficio que su sangre te bendiga, puesto que instrumento has sido de la voluntad amiga de ese Dios en quien se abriga mi espíritu compungido! Mi llagado corazon entrego á mi pueblo infausto; añade tú tu oracion á mi sangriento holocausto, á mi tortura y pasion. Cuán propicio le tenemos, padre mio, tú lo ves... ¿Su proteccion merecemos? ¿padre de los negros es? ¡Lo veremos! ¡Lo veremos!

(El fraile se retira con las manos juntas y la vista dirigida al cielo. Toussaint llama con un ademán á los generales negros, y les indica que dejen acercar á él la multitud.)

ESCENA II.

Los mismos, menos EL PADRE ANTONIO.

TOUSSAINT. Acercaos, hermanos, compañeros de afrentas y de ultrajes, execrados del blanco cual compuestos de un lodo mas infame; vosotros, que en el seno de enflaquecida y magullada madre un corazon de acibar con su leche mefítica os formasteis; vosotros, en un todo á las mas viles bestias semejantes; ¡reptiles! (Con orgullo.) de que llevo la cabeza y el tósigo... ¡escuchadme! El momento ha llegado en que la raza de opresores halle la tumba en esta tierra

que tanto amancillaron sus maldades.

Ya vienen; ya se acercan;
ya pisan desdeñosos y arrogantes
nuestra yerba que pronto
vereis crecer regada con su sangre.

¡Animo! en la memoria
recopilando ahora cuantos males
os hicieron los blancos,
si teneis corazon, tendreis coraje.

Recordad los insectos
que inmundos devoraban vuestra carne,
cuando en negras mazmorras
os pudriais tendidos como canes;
sin esposa y sin hijos
vuestras brutales cópulas y enlaces;
la tierra rehusada

hasta á vuestros despojos y cadáver.
Recordad cuántos nombres,
títulos de abyeccion y vasallaje,
inventara el desprecio

y el tedio que á los blancos inspirasteis.
Contadlos todos, todos,
y que del corazon no se desclaven;
sean ellos la lava

que convierta á los negros en volcanes.

El duro aguijon sean,
que hincado en la cerviz que el yugo abate,
hacen contra el baquero
al toro enfurecido rebelarse.

¿No veis cómo su frente
al cabo vuelve, y mete en los hijares
del tirano sus astas,
haciéndole dar vueltas por el aire?

(Viva general. Toussaint prosigue mas bajo y con muchos ademanes.)

¡Allí están!... ¡ya se acercan!
¡allí están esos blancos execrables,
de la gacela negra
cazadores impios y cobardes!

Hacia el oculto lazo
que ha sabido mi mano prepararles
callados se dirigen,
sorprendernos pensando. Ellos no saben
que es muy fino mi oido,
y que les oigo bien por bajo que hablen.

El rumor de sus pasos
llegó á mi desde el borde de los mares...

(Toma el ademán del que escucha, aplicando el oído á la tierra.)

¡Psit!... ya abrevan sus potros
de la limpia cascada en los cristales;
ya en muy gruesas columnas
su ejército dividen formidable.

Ya ganan nuestros cerros
uno á uno... ¡Que suban! ¡que se afanen!
(Con energía.)

¡Antes de poco tiempo
descender les harémos por millares!
(Indicando un gran peñasco derrumbado.)

Para subir al monte
aquella mole de pesado jaspe
¿cuánto tiempo es preciso!

Para hacerla bajar ¿cuánto?... ¡un instante!

¿Teneis miedo á los blancos?
¡á los blancos! ¿por qué? No os amilanen.
Yo tambien se lo tuve,
se lo tuve tambien... Pero, escuchadme:

En los dias aquellos
en que, oculto de la isla en los breñales,
en ninguna guarida
podia hallar seguridad bastante,

rendido de cansancio,
anhelando dormir, me fui muy tarde,
muy entrada la noche,
á refugiarme en la desierta margen

de un triste cementerio.
Apenas suspendida del ramaje
de un altanero cedro
tuve mi hamaca, al resplandor suave

de la luna, vi un tigre
de sepultura en sepultura errante,
que olfateando la presa
se detuvo por fin en un paraje.

Escarbando la tierra
con sus garras agudas cual puñales,
ante mis ojos puso
de un amo y de un esclavo el vil cadáver.

Oí de sus quijadas
el áspero roer; sació su hambre,
y se fué presuroso.

Sus luces al verter crepusculares
la aurora, yo del árbol
descendí tembloroso y palpitante
para enterrar los restos
de nuestro compañero miserable.

¡Inútiles esfuerzos!
de los dos esqueletos repugnantes
dejado había el tigre
completa la amazon. Al desollarles,
volvió al negro y al blanco,
al siervo y al señor, del todo iguales.
Mi horror sobrepujando,
quise ver en qué nervios, en qué partes
distinto era del siervo
el que de su señor hiciera alarde.

Entre el negro y el blanco
¿de qué distancia tan inmensa nace,
que el blanco manda al negro,
y el negro se conforma á que le mande?

Los dos los mismos huesos,
órganos y sentidos semejantes,
todo análogo, todo;
la carne de los dos el tigre paca,
y con los dos se nutren
los inmundos insectos sepulcrales.

¿En qué la diferencia
consiste pues? En vuestro miedo infame,
De los dos, blanco y negro,
¿cuál es el inferior? el mas cobarde.

¿Y seremos nosotros?
¿Temeremos al blanco despreciable,
que gusanos disecan,
y que devoran tigres y chacales?

Entonces ¡de rodillas!
Son los insectos que la brisa barre
mas hombres que vosotros;
mas que vosotros los gusanos valen.

Pero si en vuestro pecho,
un corazon cual el del blanco late,
el cielo de los libres
conquistad con valor en los combates.

Armas teneis, usadlas;
ellas os bastan para haceros grandes.

PETION. ¡Mil muertes á nosotros,
y á nuestros hijos libertad!

TOUSSAINT. No acabes.

TOUSSAINT. ¡Mil muertes á los blancos,
y á vosotros mil vidas!... Contempladles;

mios son; ya se acercan
á nuestros parapetos sus falanges.

¡Silencio hasta que lleguen!
despues todos en pié! ¡sereis gigantes!

Que al signo convenido
al primer grito que de guerra estalle,
bajo sus piés parezca

que un pueblo entero de la tierra sale.

Cargad bien los fusiles,
y apuntad bien, y disparad: no hay nadie

que en su fusil no tenga
el porvenir de una nacion que nace.

¡Todos á vuestros puestos!

(Se van. Toussaint llama á los principales jefes, y aprieta á todos la mano uno tras otro.)

¡Hasta mañana, hermano! No desmayes;

¡ó libre acá en la tierra,
ó allá en el cielo coronado mártir!

(Salen.)

ESCENA III.

TOUSSAINT, ADRIANA.

(Toussaint contempla á los jefes de su ejército levantando las manos hácia el cielo y orando al parecer por él, despues se dirige de nuevo á Adriana, y sentado en el tronco de un árbol, la coloca á su lado.)

TOUSSAINT. Permíteme, ángel mio,
antes de la batalla

que viéndote recobre
el brio que me falta.

Yo solo engendro un pueblo,
y en esta tierra ingrata

¡triste de mí! su padre
ningun hijo me llama.

¿A qué precio te logro,
ó libertad amada?

Si mis hijos no pierdo,
mi pueblo no se salva,

y por salvar mis hijos

he de perder mi raza.
 ¡Amparadme, Dios mio!
 vacilar siento el alma.
 Es fuerza que rechace
 toda pasión humana
 para ser, Providencia,
 en tu mano sagrada
 un instrumento digno.

(A Adriana.)

Oyeme, pobre Adriana;
 un infeliz esclavo
 de toda mi confianza
 á la isla española
 te llevará, lejána
 del funeral estruendo
 de estrepitosas armas.

¡Sigue, sigue sus pasos!
 ¡evita, desgraciada,
 testigo ser de escenas
 de sangre y de matanza!

ADRIANA (asiéndose de él con fuerza.)

¡Jamás! os lo repito;
 más valiera mandarais
 que de mi pobre cuerpo
 se separase el alma.

TOUSSAINT.

Tu corazón de acero,
 oh muger denodada,
 primero que se doble
 mil veces se quebranta.

ESCENA IV.

Los mismos, ROCHAMBEAU, SOLDADOS DEL EJÉRCITO DE TOUSSAINT.

(Los soldados conducen á Rochambeau delante de Toussaint con los ojos vendados.)

UN SOLDADO NEGRO.

¡Señor! ¡señor! ¡un espía!

OTRO SOLDADO NEGRO.

Le hemos hecho prisionero.

OTRO SOLDADO NEGRO.

¿Es menester fusilarle?

ADRIANA (colocándose entre el blanco y el negro.)

¡Piedad!

TOUSSAINT (á Adriana.)
 No, no tengas miedo.

(A los negros.)

Quitadle pronto la venda,
 que me vea cual le veo.

(Los negros le quitan la venda.)

(A Rochambeau.)

¿A quién buscais?

ROCHAMBEAU.

A Toussaint.

TOUSSAINT (indicándose á si mismo.)

Contempla, pues, á este negro.

ROCHAMBEAU.

¿Os burlais?...

TOUSSAINT

El vengador

de un vilipendiado pueblo

debe ser la imagen suya

con su cuerpo contrahecho.

¿Para quien yo soy me encuentras

harto viejo y harto feo?

Cuanto mas nudoso el palo

tanto mas rompe los huesos.

Habla, ¿de mí qué pretendes?

ROCHAMBEAU.

Soy de dichas mensajero.

El gobernador me envia

para entregarte al momento

esos cariñosos hijos

que has llorado tanto tiempo.

TOUSSAINT (con transporte.)

¡Y bien! ¡mis hijos! ¡mis hijos!

ROCHAMBEAU.

He venido yo con ellos.

Si de tu fidelidad

rehenes en Francia fueron,

en tus manos serán prendas

de la paz que te ofrecemos.

Haz pues que tus centinelas

no pongan impedimento

á su paso.

TOUSSAINT (aparte.)

¡Santo Dios!

(A los negros.)

Id, vosotros, y traedlos;

que pase tambien su escolta;

pero que se quede lejos.

(Indicando un árbol aislado.)

¡Mirad! ¡allí!

(A Rochambeau.)

¡Vos! corred,

corred, y dadles aliento.

(A los negros.)
¡ Vosotros, muerte al que toque
de los blancos un cabello!

ESCENA V.

TOUSSAINT, ADRIANA.

TOUSSAINT (muy agitado.)

¡ Ya vienen mis leoneitos,
Adriana! ¡ Los dos! ¡ Del pecho
salir quiere el corazón
para volar á su encuentro!
Un padre soy, nada mas;
ya caudillo no me siento;
un padre débil, mas débil
que una madre, que el acero
de un implacable asesino
brillar viendo encima de ellos,
meterles de nuevo anhela
en su palpitante seno.

ADRIANA.

¡ Lo veis? ¡ no os decia en vano
que de la gloria el veneno
en su memoria no habia
nuestras imágenes muerto!
Que volverian al nido
como dos pájaros tiernos,
apenas ¡ ay! de su jaula
lograsen romper los hierros.
Nos aman.

TOUSSAINT.

¡ Lo crees tú?

ADRIANA.

Que el fruto viene yo creo
de las raices... Los blancos
no han podido con su empeño
darles otro corazón
que el que de vos recibieron.

TOUSSAINT (aparte.)

¡ Y si de ellos se sirviesen
como de un pérfido cebo
para al abrirles los brazos
herir traidores mi pecho?

¡ Si en tanto que locamente
en sus miradas me embebo,
viniesen á sorprendeme
desarmado por mi afecto?
Ellos de todo se sirven
contra el estúpido negro,
y para atraer al lobo
hacen balar al cordero.

(A Adriana.)

Oye, hija mia, durante
esta entrevista que anhelo,
lleva do quier tus miradas,
porque una celada temo.

Sobre esos cerros que erguidos
dominan los demás cerros,
esta almena de peñasco
sube como torre al cielo.

Esta es mi torre ¿ lo entiendes?

todos mis jefes espertos

fija tienen la atencion

en ella y el pensamiento,

aguardando mi señal,

que es un estandarte negro,

tan negro como nosotros,

y su color en el viento

pone una mancha lo mismo

que nosotros en el suelo.

Treinta mil hombres sumisos,

que se mueven á mi gesto,

la vista tienen clavada

en este fúnebre lienzo.

Con el arma al brazo ocultos,

mudos y sin movimiento,

mientras flotar no le vean,

así estarán; pero luego

que mi mano lo despliegue,

como tigres carniceros

se lanzarán á la presa

que devorarán hambrientos.

Si á mi corazón los blancos

tienden un lazo perverso,

¡ juras tremolar al punto

la señal?

ADRIANA. Al más pequeño

movimiento de tus ojos,

al cercarte el menor riesgo.